

# La religión y su necesidad

RAMON  
J. SENDER

La verdad es que la religión no es necesaria, sino inevitable. Los primeros hombres que pudieron mostrar algún uso de razón, lo primero que debieron hacer fue mirar alrededor y preguntarse: ¿qué misterio es éste? ¿Por qué todo esto? ¿Y por qué estamos aquí? ¿Y para qué? Esto es religión, naturalmente. Y como decía, inevitable.

Pero el sacerdote Andrew M. Greeley, gran polemista que se enfada sin motivo, buscándole tres ples al gato, a ver qué pasa, y quién le proporciona el placer de una buena pelea, confunde los términos cuando dice, en su reciente libro «La persistencia de la religión», que ésta es más general, más durable y más efectiva que la política. Dicho así se puede aceptar, pero cuando Greeley juzga la religión y el poder religioso por las estadísticas de los que asisten el domingo a las iglesias, y los que votan por un presidente o un senador nuevos, se equivoca de medio a medio.

La religión es necesaria e inevitable y no dejará nunca de existir mientras no podamos racionalmente abarcar el complejo maravilloso de la creación. Pero las estadísticas en las que Greeley se basa, no son religiosas, sino políticas. Ciertamente, el hecho de asistir a una iglesia u otra es un hecho político más que religioso. No hay duda de que algunos hombres van a los templos con una emoción y una inspiración realmente religiosos, pero la estadística de los que acuden es de orden civil y político.

En los Estados Unidos, por ejemplo, hay muchas iglesias, además de las católicas, ortodoxa, romana y copta, las protestantes, las anglicanas, presbiterianas, adventistas, anabaptistas, calvinistas, baptistas de varias especies (norte y sur), congregacionistas, metodistas, fundamentalistas, luteranas, modernistas, puritanas, mormonas, speyeristas, unitarias. He dejado para el final esta última porque su profeta o inspirador primero fue natural de Villanueva de Sigüenza, a pocos kilómetros del famoso monasterio medieval de Sigüenza, una de las maravillas del arte y la arquitectura románicas, en el Alto Aragón. Me refiero al universalmente famoso

Miguel Servet llamado en latín, según la moda escolástica, Michael Servetus.

El hecho de que el fundador de la iglesia cristiana más avanzada y liberal de los Estados Unidos sea un vecino mío ribereño del Cinca (y probablemente pariente por el lado materno), es un motivo de orgullo para mí. Como es sabido, Servet escribió su propia interpretación de la Trinidad, y como estaba en desacuerdo al mismo tiempo con los católicos de Roma y con los calvinistas de Suiza huyendo de la Inquisición española, fue a morir en la hoguera en un auto de fe presidido por el presbiteriano Calvino, que envidiaba su talento.

Es sabido también que Servet fue el descubridor de la circulación de la sangre y actuó muchos años como médico del arzobispo de Viena. En fin, fue uno de esos aragoneses que en su tierra no habría hecho nada notable tal vez, pero empujado a las naciones europeas encendidas en contiendas teológicas y políticas (París, Londres, Roma, Viena, Basilea, Berlín) tomó partido y luchó como quien era y murió noblemente.

Muchas veces en mi juventud he estado yo en el monasterio de Sigüenza, que es como una pequeña población amurallada en el desierto, llena de gracia anacrónica, de poesía y de tesoros artísticos, parte de los cuales, según el excelente libro de José Vicente Torrente que acabo de leer, «El país de García», siguen todavía allí. Otros han ido a dar en los museos de Barcelona, y menos mal que no han salido de España.

El autor del libro, padre Andrew M. Greeley, se confunde en cuanto a sus estadísticas de votantes y de concurrentes a los templos, juzgando que éstos no son también en su mayor parte

políticos. Un escritor católico francés, no recuerdo quién, creo que es el mismo Balzac o tal vez Jules Renard, dice que los campesinos franceses siguen yendo a misa aún mucho después de haber dejado de creer en Dios.

Recuerdo el caso de un exiliado español que invitado a entrar en la francmasonería, como se negara repetidamente y le preguntaran por qué, respondió: «Primero porque soy católico, y segundo, porque no creo en Dios». Es decir, que era el mismo caso del campesino francés. Todavía podríamos repetir las sabidas bromas del que proclama ser «ateo, gracias a Dios», sin añadir que la gran mayoría de los socialistas y los comunistas se casan en España por la iglesia y bautizan a sus hijos. Todo esto responde a la necesidad política de la convivencia y a veces de la supervivencia, que no tienen gran cosa que ver con la religión.

Religión viene de «religare», pero no, como decía Unamuno, en una comunidad parroquial, porque entonces sobraría el prefijo «re» y bastaría con *ligare*. Se trata de «religare» con Dios, del que al parecer nos separamos cuando nacemos.

Por eso he dicho yo algunas veces que todas las religiones son verdad y que todas las iglesias son mentira (el buen lector entenderá lo que quiero decir), y por eso también en España se llama «entrar en religión» al que se hace fraile y no al cura de parroquia. Este mismo «entra en religión» cuando ingresa en un monasterio de gente contemplativa y oracional, de esos ya desaparecidos en casi todas las naciones. Un verdadero religioso es, por lo tanto, un trapense o cartujo. Pero no olvidemos que fuera de todas las iglesias hay también hombres profundamente religiosos. Lo mismo que se puede ser muy culto sin haber pasado por una Universidad (de hecho los fundadores de las grandes escuelas de filosofía no fueron universitarios), se puede ser ocasionalmente muy religioso sin ir a la iglesia. Esta es una verdad que irrita a algunos curas, precisamente porque saben que

es verdad. Pero que la mayor parte comprenden.

Andrew Greeley ha caído en el error de juzgar el bosque por las apariencias de los árboles y los arbustos de alrededor. Y esta vez

sus ganas de argüir, discutir, pelear y buscarle tres ples al gato le van a fallar, al menos en un país tan exacto en sus estadísticas como USA, pero también en su manera de interpretarlas.